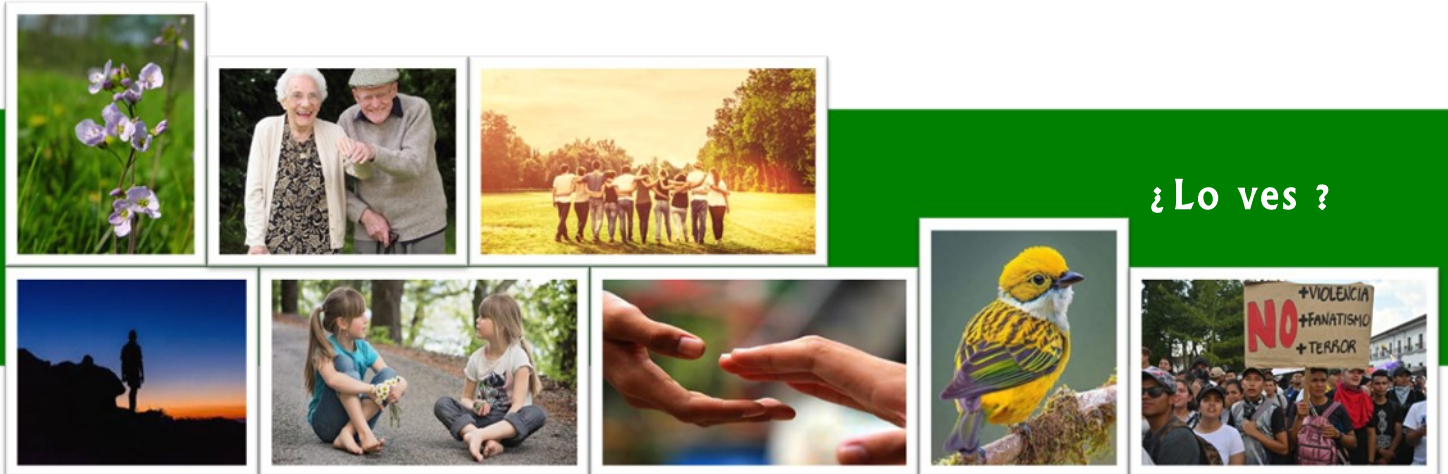


*"Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva,
pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido..."*

*Y oí una voz que clamaba:
Esta es la morada de Dios con los hombres; él habitará en medio de ellos."
(Ap.21)*



¿Lo ves ?

En estos tiempos, toda pretensión de autosuficiencia y dominación cayeron por tierra. La pandemia reveló y aceleró el fin de un sistema que ha agotado recursos y respuestas. El mundo se quedó perplejo ante su "no saber". El instinto de protección que, tantas otras veces nos empujó a excluir, nos ha conducido esta vez a confinarnos. Exclusión o confinamiento, todos experimentamos el límite de un estilo de vida que sabe solamente asegurar la felicidad y el bienestar cerrándose a los otros. La vida inmune, confinada en fronteras políticas, económicas, eclesiales o existenciales del ego, se mostró ilusoria e insoportable.

En el silencio de un mundo parado, el grito de la Tierra y de la humanidad resonó desgarrando algo en el interior de cada uno y despertando la conciencia de ser humanos; todos necesitados de relación, todos capaces de compasión; tan miedosos y débiles estando aislados, tan dignos y fuertes cuando estamos juntos.

Un tiempo trágico y a la vez precioso nos ha sido dado. Para muchos el mundo conocido no será más, otros han comprendido que sus aspiraciones no eran más que fantasía. El presente y el futuro están seriamente amenazados para todos, pero el cielo nuevo y la tierra nueva están emergiendo aquí y ahora en medio de nuestras incertidumbres, en el corazón mismo de nuestra vulnerabilidad. Un humano nuevo viene habitar en este mundo y viene para restaurarlo todo. ¡Otra vez es tiempo de Adviento!

El Adviento nos desafía a asumir alegre y decididamente nuestra vocación, pues más que nunca, la humanidad necesita ver y sentir la energía del Espíritu que la recrea cumpliendo la Promesa.

**Para decir Dios al mundo
Vigilar... Acoger...**

Asumir nuestra vocación de bautizados consagrados profetas, nos llama hoy a **vigilar**, ya no para protegernos de un eventual peligro, sino como actitud contemplativa, apreciativa, capaz de percibir el cambio que se opera. La pandemia nos ha enseñado que el mundo es sostenido por los pequeños, por la fuerza de los gestos simples y silenciosos realizados en el seno de los acontecimientos los más cotidianos o los más inesperados.

Como consecuencia de nuestra experiencia de Dios y de nuestra fidelidad al silencio, estamos habituados a ver en la belleza, el dolor y la complejidad de nuestras vidas y de la historia, “la luz que se revela a las naciones” y a oír “la voz que clama en el desierto”.

Ser de aquellos que saben estar pacientemente allí, al eco de la Palabra, para percibir la transformación de una vida tocada por una mirada de bien o de una semilla acariciada por el calor del sol. Ser de aquellos que saben estar allí, simplemente, delante del cielo azul o de la noche estrellada, ante la cólera de los pueblos o las interpelaciones desafiantes de los jóvenes y distinguir en ello la novedad que brota como fuerza de la fidelidad de Dios y del sueño común de los humildes.

Vigilar se transforma entonces, en el acto de esperanza que proclama el accionar de Dios, a veces tan distinto, de como lo imaginamos.

Vigilar dispone nuestros corazones para **Acoger**.

Nuestra fe nos dice que acoger es otra cosa que soportar aquello o aquellos que no pueden ser de otra manera. Acoger es hacer lugar. Acoger nos desplaza, nos descentra. María hizo esta experiencia cuando, dejándose poseer por el Espíritu, cedió espacio al Otro en su propia carne.

Vivir comporta arriesgar la vulnerabilidad del encuentro, admitir al otro, permitirle existir y tocar mi vida, dejar al Misterio encontrar mi cotidiano, trabajarlo, completarlo, fecundarlo.

“Comprometámonos a vivir la acogida entre nosotras, con aquel que llama a la puerta, con aquel que telefonea, con aquel que molesta, porque es el Jesús que decimos querer amar. Dejémonos molestar, porque es El quien viene a visitarnos, convertirnos, amarnos”. (María Laura)

Ofrezcamos al mundo nuestro servicio de esperanza y de acogida.
El cielo nuevo, la era nueva, están ahí, sembrando el presente.

¿Lo acoges en la fragilidad de esa intuición que busca abrirse camino en el diálogo?

¿Lo ves en la precariedad de ese gesto que quiere inspirar y comprometer la solidaridad?

¿Lo acoges en el susurro de ese sueño que despierta la aurora creativa de lo insospechado?

¿Lo ves en la audacia de esos “anfitriones de diferencias”, que aprenden a convivir en el respeto de la dignidad humana y en la complementariedad?

¿Lo acoges en la resistencia activa de quienes se movilizan para preservar lo sagrado de la vida y de todo lo viviente?

¿Lo ves en el nuevo génesis que suscita ese Recién Nacido que ha venido entre nosotros?

**¿Lo ves? ¿Lo acoges?
¡Dilo al mundo!**

Porque el Adviento invita a la alegre esperanza.

¡El cielo, la tierra, la vida nueva, llegan con Aquel que viene en el nombre del Señor!